

GRUPO COMPAÑEROS DE JESÚS.

Retiro del 5 y 6 de Octubre de 2013 Monasterio de Escalonias (Hornachuelos-Córdoba)

CENTRANDO MI VIDA

Vivimos a veces una vida demasiado activa, tensa y ansiosa. La pregunta es: ¿por qué? Y la respuesta quizá sea que vivimos demasiado en la superficie de nosotros mismos y nos hemos distanciado demasiado del centro de nuestra vida.

Estamos acostumbrados a hacer exámenes. Bien, vamos a hacer unoⁱ:

La pregunta es: ¿cómo definirías los pasos del itinerario espiritual? Para responder, numera las siguientes actitudes o acciones espirituales en el orden que creas indicativo de la progresión necesaria, natural o normal desde una espiritualidad básica hasta el logro de una gran virtud. El número 1 indicará el que creas primer paso en la vida espiritual, y el número 12 el que consideres el paso final en el proceso de plenitud espiritual. ¿Listo? Muy bien. Empecemos.

Para alcanzar un alto grado de santidad, yo creo que una persona debe:

- a) Tener un director espiritual.
- b) Vivir con sencillez.
- c) Reconocer la presencia de Dios.
- d) Escuchar a los demás.
- e) Hablar amablemente a los otros.
- f) Aceptar la voluntad de Dios.
- g) Perseverar.
- h) Reconocer sus faltas,
- i) Aceptar a los demás como son.
- j) Estar centrado/a y sereno/a.
- k) Ser honrado/a acerca de sí mismo/a.
- l) Estar dispuesto/a a aprender de los demás

Dedica un rato a pensarlo.

Y ahora viene la sorpresa: el documento que ha inspirado este texto fue escrito el año 520 y ha sido impulsor de un modelo de vida espiritual que tiene mil quinientos años de antigüedad. Dicho sencillamente: funciona.

Estas líneas representan los doce pasos de la humildad que constituyen la columna vertebral de la Regla de san Benito, guía de las primeras formas de vida cristiana comunitaria organizada del mundo occidental y guía también del Monasterio de las Escalónicas donde nos encontramos. A diferencia de las espiritualidades del siglo XIX, que tanto han marcado nuestra evolución, los doce grados de la humildad no se basan en una teología del mérito. Benito, en otras palabras, no nos instruye en el sutil arte de «ganar» a Dios o «merecer» a Dios u «obtener» a Dios. La espiritualidad benedictina se basa simplemente en el reconocimiento de que Dios está presente en todos nosotros. Aquí y ahora. La espiritualidad benedictina se basa en el presupuesto de que no necesitamos pasar las horcas caudinas para llegar a Dios. Por el contrario, nos limitamos a hacernos conscientes de que Dios está con nosotros, y entonces somos capaces de pasar bajo cualquier horca caudina de la tierra confiados y acunados por esa certeza.

Una vez sabemos que Dios está con nosotros, como enseña Benito, podemos aceptar una dirección espiritual que nos lleve al autoconocimiento, nos ponga en paz con el mundo que nos circunda, nos faculte para convertirnos en camino de aprender junto al resto de la comunidad humana y, finalmente, nos abra amorosamente a todos en la vida. Entonces, una vez que hayamos aceptado a Dios, a nosotros mismos, nuestro entorno y a las personas que nos rodean tal como son –dice Benito-, llegaremos a la paz interior, que es signo de una vida vivida como es debido.

Llegaremos a la humildad, a la aceptación de nuestro muy sencillo pero sumamente dinámico lugar en el mundo.

Benito, dicho de otro modo, quiere que pongamos los pasos del desarrollo espiritual en el siguiente orden:

- 1) Reconocer la presencia de Dios.
- 2) Aceptar la voluntad de Dios.
- 3) Aceptar dirección espiritual.
- 4) Perseverar.
- 5) Reconocer las propias faltas.
- 6) Vivir con sencillez.
- 7) Ser honrado/a acerca de uno mismo.
- 8) Estar dispuesto/a a aprender de los demás.
- 9) Escuchar a la gente.
- 10) Hablar amablemente a los otros.
- 11) Aceptar a los demás tal como son.
- 12) Estar centrado/a y sereno/a.

Entonces -asegura Benito-, una vez hechas estas cosas, «llegarás al amor de Dios, que elimina el temor». Entonces estarás en paz con el mundo; no tendrás nada de qué preocuparte; te conocerás tan bien que estarás abierto/a a los demás; y no te afectará en absoluto lo que digan sobre ti, porque serás tan transparente que no quedará nada sobre lo que mentir ni a ti mismo ni a los demás.

La aceptación de Dios, la guía espiritual, el yo y los demás es la prescripción de Benito para la vida humilde y santa. A diferencia de los teóricos espirituales modernos, Benito comienza con la presencia de Dios en nosotros y nos pide que «ascendamos» hasta el punto de poder aceptarnos a nosotros mismos y cuanto supone la vida debido a ello.

Desgraciadamente, nuestro tiempo suspende el examen con alarmante regularidad. Se nos ha enseñado que Dios es algo que ganar en la vida, que Dios importa, pero las personas y la vida no, y que la vida espiritual tiene que ver con las cosas «espirituales». Pero la verdad es que la santidad está constituida de la materia lo cotidiano, lo sencillo, lo verdadero.

Lo que se propone en este retiro es considerar esta lista de pasos que propone San Benito como una escalera que nos acerca a Jesús y al Padre. Vamos en este retiro a centrarnos exclusivamente en los cuatro primeros puntos: 1º Reconocer la presencia de Dios, 2º Aceptar la voluntad de Dios, 3º Aceptar dirección espiritual y 4) Perseverar.

1) RECONOCER LA PRESENCIA DE DIOS EN MI VIDA

ⁱⁱEn primer lugar, es preciso volver una y otra vez al momento o momentos en los que Dios vino a nosotros, reviviéndolos, gustándolos y sintiéndolos internamente, haciéndonos conscientes de su Presencia viva, y a las visitas que nos hace en nuestra historia personal, liberándonos y conduciéndonos, pues Dios se revela ahí y es ahí, donde hecho Palabra e Historia de la Salvación, y la Salvación misma, nos da la experiencia de nuestra sanación, salvación y santificación.

Vamos entonces a tomar conciencia de la propia vida personal, llena de tantas presencias y encuentros que permanecen vivos en el corazón de cada uno. Vamos a ser conscientes del sentido de la propia vida caminando hacia su pleno sentido y despliegue. Es como entrar, más y más, en la experiencia de cómo se va armonizando nuestra rica y compleja realidad, permitiéndonos vivir en la sencillez de lo que se aproxima a la Unidad.

Podíamos utilizar unas muy recientes palabras del Papa Francisco: "Qué bello es esto: hacer memoria de Dios, como la Virgen María que, ante la obra maravillosa de Dios en su vida, no piensa en el honor, el prestigio, la riqueza, no se cierra en sí misma. Por el contrario, tras recibir el anuncio del Ángel y haber concebido al Hijo de Dios, ¿qué es lo que hace? Se pone en camino, va donde su anciana pariente Isabel, también ella encinta, para ayudarla; y al encontrarse con ella, su primer gesto es hacer memoria del obrar de Dios, de la fidelidad de Dios en su vida, en la historia de su pueblo, en nuestra historia: «Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque ha mirado la humillación de su esclava... su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (cf. Lc 1,46.48.50). María tiene memoria de Dios..."

Lc.1, 26-38: Dios habla a María, se revela a Ella y le entrega la Misión. María discierne y fruto de ello se entrega a la voluntad de Dios poniendo en ello todo su ser. Esta experiencia la configura a lo largo de sus días en la tierra.

Tomar conciencia, a la luz de esta llamada, de la llamada a seguir a Jesús que cada uno ha recibido. Cómo va tomando cuerpo en mi historia esa llamada: cuerpo, forma, retos, cambios, riesgos etc. Es decir el qué y el para qué.

El Padre nos ha llevado a Jesús y en El, que es su palabra, nos habla”: Este es mi Hijo amado, mi predilecto, escuchadle”. Su espíritu nos va haciendo comprender,

entregarnos y experimentar la transfiguración hacia nuestra auténtica personalidad. (cfr.Jn.14, 26 y Jn.16, 12-15)

Probablemente la mejor perspectiva para adentrarse en el corazón de María en el momento de la Anunciación, es desde la toma de consciencia de la propia llamada. De ahí brota el asombro ante esta maravilla de Dios y se recibe luz para comprender mejor la amplitud y concreción, en el tiempo, de la propia vocación. Lo común con María, con Jesús, con tantos hermanos y hermanas que nos han precedido realizando el Reino de Dios, y con tantos contemporáneos, es el disponernos cada día a hacer la voluntad del Padre, saliendo de “nuestro propio amor, querer e intereses” que actúan, en cada uno, de reductores de la propuesta y misión compartida con el Señor, a permanecer en su amor (Jn. 15) y generarnos en la vida sobreabundante. ¿De qué le vale a uno ganar el mundo si arruina su vida?, nos dice Jesús.

Las preguntas que nos podemos hacer, mientras paseamos o estamos en la Iglesia es ¿en qué momento o momentos Dios vino a mí? ¿En que he visto después el paso de Dios en mi vida? ¿Dónde he visto su amorosa presencia? Es hacer memoria de Dios.

ALGUNOS TEXTOS:

Hech. 4,11 y Ps. 118 (117) Dios en Jesús, la Piedra Angular

Ps. 42-43 (41-42) Consciencia de la sed de Dios, en lo más hondo de sí

Ps. 36 (35) En la experiencia de Dios se sacia la sed esencial

Ps. 63 (62) Sed de Dios

Ps. 15, Salmo que nos pone en contacto con la contemplación, compartida, de la persona que vive muy despierta al deseo esencial; bajo su atracción va conduciendo su vida hasta el siguiente paso de dejarse hacer por ella. (La traducción es la oficial de la Vulgata)

Protégeme, Dios mío, que me refugio en Ti; (experiencia final de un largo camino vital) yo digo al Señor: “Tu eres mi bien”. (buscando a Dios como lo definitivo intuitivo, la llamada esencial y fundante de mi vida)

Los dioses y señores de la tierra (estos deseos no me satisfacen, lo sé porque no me satisfacen me han atraído y no me resultan ni me resuelven)

Multiplican las estatuas, de dioses extraños,(actual sistema socioeconómico que incesantemente produce dioses)

no derramaré sus libaciones con mis manos,(supone un alto nivel de consciencia en Dios ni tomaré sus nombres en mis labios como válido deseo esencial. que tiene poder de liberarnos, del error y el engaño)

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa (potencial de gracia por vivir en Jesús al mi suerte está en tu mano haber experimentado que Él es el deseo esencial de nuestra alma)

Me ha tocado un lote hermoso, “Señor nos has creado para Ti y nuestro corazón no
y me encanta mi heredad descansa hasta que nos hallemos en Ti”. S. Agustín

Bendeciré al Señor que me aconseja, (gozo, alegría, confianza de corazón, audacia
Hasta de noche me instruye internamente para afrontar los retos de la vida, lo
Tengo siempre presente al Señor eterno penetra en el tiempo personal
con El a mi derecha no vacilaré. , y nos diviniza)

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas.
y mi carne descansa serena
porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás que tu fiel conozca la corrupción

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia
de alegría perpetua a tu derecha

Jn. 7,37-39 “Si alguno tiene sed...”

Es importante descubrir, en este momento, si la sed de Dios que cada uno lleva dentro de sí se ha descubierto como el deseo esencial y hasta qué punto se es consciente de ello. Hacer silencio en el corazón, cada día, un tiempo concreto a la luz de la Palabra del Señor Jesús, es lo que nos lleva a buscar de noche la Fuente de donde la Vida mana, es cuando el corazón se inclina a buscar a Jesús, pues el carácter que recibimos en el sacramento del bautismo clama por El, en ese silencio se hace presente.

En seguirle de todo corazón tanto como el propio corazón hoy pueda, bajo la Luz de su mirada amorosa, los deseos se van ordenando a la realidad y nos liberamos de los que nos confunden, aturden, y aprisionan. En el deseo esencial se obtiene la, confianza y la paz del corazón y la libertad para amar, de día en día, con un más puro amor.

2) ACEPTAR LA VOLUNTAD DE DIOS

ⁱⁱⁱBenito de Nursia, fundador del monacato occidental, dice que el orgullo es el defecto humano básico y que la humildad, la sencillez es su correctivo. Benito hace que la piedra angular de su regla de vida sea un capítulo sobre la humildad que se escribió para hombres romanos en una cultura que valoraba el machismo, el poder y la independencia al menos tanto como nosotros. La humildad dice la Regla de Benito- es un antídoto contra la violencia y la clave de la salud mental. Pero la humildad no es una virtud de nuestro tiempo.

La psicología popular, en un necesario intento de corregir las distorsiones de la baja autoestima, se ha centrado en construir en la psique humana un sentido del valor personal. Si la humildad tiene algo que ver con ser pasivo, manso y retraído, se trata de cualidades que no podemos considerar sanas, y menos aún inteligentes. Pero la corrección conlleva su propio conjunto de problemas.

Debido a la total concentración en el yo, con suma frecuencia no nos preocupa más que el individualismo y abrirnos camino.

Durante demasiado tiempo en la vida espiritual hemos sustituido el compromiso con la humildad por la fidelidad a las humillaciones; como si la humildad fuera una deficiencia del espíritu humano, en lugar de lo que le proporciona moderación; como si la humillación no fuera la semilla misma de la ira, el resentimiento y la ansiedad espiritual. Los resultados son desastrosos tanto espiritual como psicológicamente. Y, lo que es más, también tienen serias consecuencias sociales.

El siglo XXI tiene mucho que reaprender acerca de la humildad, y la Regla de Benito puede ser su mejor modelo. Benito identifica doce grados de humildad, doce niveles de crecimiento personal, que llevan a la paz interior, al logro de un estado mental que nos permite vivir una vida verdaderamente humana con los demás seres humanos. Y lo que quizá sea al menos igual de importante es que los doce grados de humildad llevan al desarrollo personal y a la conciencia comunitaria. Impregnan la vida entera suave, discreta y totalmente.

Todo el mundo tiene algo que controla su vida entera. Para unos es la ambición; para otros, la avaricia; para unos terceros, la dependencia; para otros aún, el miedo; y para algunos, su narcisismo, esa exagerada conciencia de sí mismos que minimiza cuanto les rodea. Benito, por su parte, quiere que impregnemos nuestra vida de la conciencia de la realidad toda.

Hay un antiguo relato monástico que llega hasta el núcleo de la humildad, hasta el corazón de la virtud:

Cierto día el maestro dijo: «Es mucho más fácil viajar que quedarse quieto».

«¿Por qué?» -quisieron saber los discípulos.

«Porque -dijo el maestro-, mientras viajas hacia un objetivo, puedes aferrarte a un sueño. Cuando te paras, tienes que afrontar la realidad».

«Pero ¿cómo cambiaremos si no tenemos objetivos o sueños?» -preguntaron los discípulos.

«El verdadero cambio es el involuntario. Afronta la realidad, y tendrá lugar el cambio involuntario».

La humildad es la cualidad de vivir la vida en plenitud, de hacer frente a la realidad, aceptarla y ser conformado por ella.

Benito expone sus enseñanzas sobre la humildad en seis principios básicos. Vista en los términos de esos principios, la definición que Benito da de la humildad y la del siglo XXI están claramente a años luz la una de la otra.

El primero de los seis principios benedictinos sobre la humildad es que Dios no es un objetivo que alcanzar, sino que es una presencia que hay que tener muy en cuenta. El primer grado de humildad -dice la Regla- consiste en que «tengamos siempre ante los ojos el temor de Dios y nunca lo olvidemos». Del primer grado se sigue en el segundo que «no amemos nuestra propia voluntad», sino que comprendamos que la voluntad de Dios es lo mejor para nosotros.

Dejad a Dios ser Dios -enseña la Regla-; sabed que la voluntad de Dios es lo mejor para vosotros -dice la Regla. En otras palabras, en estos dos primeros grados de humildad renunciamos al derecho a ser Dios. Se trata de un momento

apasionante en la vida que da a nuestros mundos el derecho a seguir adelante sin ser controlados por nosotros.

Ello significa que no podemos dar por sentado el derecho a dominar a nuestro cónyuge, ni a formar a nuestros hijos a nuestra imagen y semejanza, ni a las rabetas en el trabajo, ni a las exigencias respecto de nuestros empleados, ni la minusvaloración de los mismos. Todos ellos tienen otro dios también, y no es nuestra persona.

La humildad benedictina comienza con el simple reconocimiento de la presencia y el poder de Dios en mi simple pero diferenciada vida.

En primer lugar, la enseñanza de Benito sobre la humildad implica que la presencia de Dios exige una respuesta total. Si creo verdaderamente que Dios está presente en mi vida aquí y ahora, entonces no tengo más opción que abordar esa realidad. La vida no se dilucidará para mí hasta que no lo haga. Dios, en la visión benedictina de la vida, no es un padre que espía agazapado esperando cazarlos en pecado. Dios no es algo con lo que tratar al final de la vida, sino cada poro de la misma. Dios es la gracia, la energía, el momento creativo. Dios se convierte en la materia misma de la vida, no en un objetivo que alcanzar ni en un premio que merecer. Dios es una presencia ahora, un modo de pensar ahora, una visión del universo ahora. Dios está en mí, por eso soy una valiosísima parte del universo, pero yo (mi raza, mi país, mi familia, mi voluntad...) no soy el centro del mismo.

Súbitamente, para la persona verdaderamente humilde, el mundo entero empieza a tener un aspecto distinto. «El mundo está grávido de la grandeza de Dios», dice de él el poeta Gerard Manley Hopkins, y la persona humilde sabe que es verdad. Hay gloria, pues, en mundos que están constituidos por diferentes colores y diferentes culturas y diferentes intereses. Hay gloria en el mundo que nos rodea, y nos la perdemos si estamos centrados en nosotros mismos. Hay gloria, que estamos destruyendo y reduciendo y pasando por alto cuando no vemos más que a nosotros y nuestras necesidades y caprichos como persona, como pueblo, como país. La humildad, por tanto, es la virtud de la liberación del yo que nos abre a la sabiduría ajena. La humildad es el fundamento de la serenidad interior.

La Regla de Benito es una antigua espiritualidad que sirve para abrirnos, liberarnos de nosotros mismos y permitirnos aprender a amar y a ser amados. Se basa en el reconocimiento de la existencia de Dios de modo real y cotidiano, y en la renuncia a la necesidad de adaptar la vida a nuestros designios. La humildad es la realidad que nos proporciona una conversión involuntaria que es verdadera.

La espiritualidad benedictina es a la vez asombrosa y simple: no basta con estar sin pecado. Lo más importante es estar impregnado de la mentalidad de Dios. Es llegar a orar diariamente: «¡Oh, Dios! Tú eres mi Dios. Te anhele todo el día».

Entonces el «vence, sé competitivo, ábrete camino y triunfa» ya no se apodera de nuestra alma ni nos amarga la vida ni consume nuestro corazón ni destruye nuestra psique ni nos hace perder la alegría. Entonces empezamos a ser libres.

^{iv}Es importante darse cuenta que por debajo de la multiplicidad de deseos podemos descubrir y experimentar un deseo esencial que integra todos los otros deseos, ordenándolos a la Unidad de ser y existir en Dios como hijos suyos, en el

Hijo, y por lo tanto, y al mismo tiempo, como hermanos de los hombres a quienes en todo “amar y servir” como el Señor nos sirve. “En esto consiste el amor, no en que nosotros amemos a Dios sino que El nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1ª Jn 4, 7ss.). De la experiencia creyente en Jesús, conectada a la sed esencial que llevamos de Dios como constitutiva, ontológicamente, de nuestro ser humano, creado a su imagen y semejanza, aprendemos qué es el amor y experimentamos que la Vida brota del amor., no de los autoengaños ni de los sucedáneos

Vivir es nuestro deseo básico y esencial. Dios es el Amor y la Vida. Nosotros nos realizamos, como nos revela el Espíritu a través de S. Pablo: **Realizando la verdad en el amor** y esto lo logramos contemplando a Jesús, caminando con Él, hasta que logremos poner corporalmente nuestros pies en el deseo de todos los deseos que es Él, Es el encuentro, hasta la identificación, entre Jesús de Nazaret que nos ha buscado y nos encontró y la estructura interna de nuestra personalidad que clama por Él. Es El mismo quien nos conduce al deseo esencial, revelándonos, por su Espíritu, en la contemplación y en la acción que brota de ella, y en la acción considerada bajo su mirada, que nos lleva a la comunión transformante: Renacemos y nos transformamos de Él como el sarmiento que brota y se despliega de la presencia operativa de la Vid, como la corriente de agua, que se mantiene viva siempre que permanezca conectada a su fuente.

El permanecer al lado de Jesús, día tras día en todo, el estar con él, nos enseña a estar, ser y caminar con él, liberándonos de la corta mirada sobre nosotros mismos y los demás,...de esas miradas tan reductoras de la realidad (**Mc.8, 33, Mc.9,32, Mc.10, 32-33, Mc.8, 36**)

Cuando de alguna manera se ha experimentado o se ha entrevisto el paso de Dios por nuestra vida, despertando en nosotros el deseo de entrar en relación con Él, cuando a lo largo de nuestra vida Jesús se nos ha hecho experiencia, esa resonancia interior que hemos sentido, es el gozo y la alegría que nuestra sed esencial de Dios experimenta al ponerse en contacto con quien se la resuelve... María exulta de gozo en el Magnificat, Isabel se conmociona en su presencia, el mercader de perlas finas lo pone todo al servicio de este hallazgo, el otro vende todo cuanto tiene y compra el campo del tesoro y así los santos que nos han precedido en el camino de la fe.

Cuando de algún modo se ha tenido esta experiencia, con más o menos intensidad, es de todo punto necesario ponerse en la actividad de no perder el contacto con ella, guardarla en el corazón, darle vueltas en el corazón, conservarla activamente en el corazón, independiente de los momentos emocionales que en ese momento se experimenten: tedio, pereza, en otro momento será, posponer su cuidado, cansancio, urgencias y tantas otras disculpas con las que inconscientemente pretendemos evadir o retrasar liberaciones que nos ponen en camino de la paz del corazón, del corazón en la luz. Se trata de

ponernos ante su Palabra como medio de ponernos en camino de desidentificarnos de lo que en ese momento nos aprisiona internamente y nos aplasta. Jesús tiene poder de pacificar las tormentas y de volver a la calma.

El deseo esencial hay que trabajarlo con toda dedicación, mantenerlo muy vivo y despierto en nosotros, de ahí el tiempo de oración, de hacer silencio, cada día, con constancia, mantener muy despierta en nuestro corazón la sed de Dios que llevamos dentro, constitutiva de nuestro ser esencial. Por eso la oración, la contemplación conecta de un modo tan transformante nuestro ser y el de Dios: Mi corazón es la tierra reseca, agostada, agrietada, sin agua, Jesús es el agua viva y vital, la eternidad en el tiempo y el tiempo en la eternidad, yo soy criatura y él es mi Padre, mi creador y mi redentor. En la contemplación de la Palabra de Jesús, él nos hace discípulos de Dios, somos enseñados por Dios, nuestra humanidad se diviniza en Él, por Cristo Jesús. Aquí alcanzamos nuestro destino de plenitud... el gozo y la alegría perpetua a su derecha en el País de la Vida

El camino de la vida es la vida misma, ese camino de lo cotidiano lleno de imprevistos y sorpresas, que a veces nos desbordan y muchas nos descolocan, pero que además nos pueden hacer crecer según las respuestas que demos implicándonos positivamente en las soluciones y respuestas.

Pero no todo lo que nos roza y conmueve es vida, muchas veces son sueños, ideas y fantasías acerca de la vida, caminos laterales con callejones sin salida, intereses de otros que nos proyectan sin respetar adecuadamente nuestro proyecto de vida, seducciones y exigencias, acaparamientos, encadenarnos a sus proyectos. ¿Por qué todo esto último? Porque la Vida es más grande que nosotros mismos y su misterio nos asusta, pretendemos apoderarnos de ella, manipularla, dominarla, a cambio alimentamos la inseguridad personal pues tal pretensión es imposible, en formas de autosuficiencia:, orgullo, vanidad, arrogancia, acumulación de riquezas que, a la larga, no aseguran nada; creamos imágenes de la Vida, esas si que las podemos manipular e imponer, pero ... no somos nosotros los que llevamos la Vida, es ella la que nos lleva y configura, y cuando entramos en humildad ,ella en nosotros se expresa, ... una gozada. El tiempo que cada uno dedica a la oración, a la contemplación es la actitud y la conducta para hallar lo cierto, por eso en la vida cotidiana del hombre de la calle es preciso complementar el concepto contemplación en el sentido del “darse cuenta”, **contemplación para darse cuenta**. No podemos caer en la trampa de creer que damos culto a Dios porque oramos sino por la cantidad de vida que liberamos con el compromiso de la oración. Ya en el siglo II, San Ireneo recogiendo el sentir de los Evangelios, nos dice que “ **la gloria de Dios es que el hombre viva**” En la vida de los hombres, Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida misma, la Resurrección en lo cotidiano. Él no se queda con nadie, nos devuelve incesantemente a nuestra libertad, dejándonos en nuestra libertad y habiéndonos iluminado para lo cierto, Él nos conduce a trascendernos corporalmente en la totalidad, en la Realidad, su Dios y nuestro Dios, su Padre y nuestro Padre, sin dejar de estar en contacto con la Humanidad, siempre nuestra humanidad. En la experiencia al contacto con la humanidad de Jesús, en la que tocamos y palpamos

la Palabra de Dios, el Verbo de la Vida, crecemos, no aumentándonos egolátricamente sino por sobrepasamiento, por densificación de Sabiduría, por la acción que nos conduce a ver a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios... el culmen: la eternidad por haber sido capacitados para verle cara a cara, cual el Hombre Celeste.

Los minutos u horas que dediquemos a la oración no son, en primer término para el confort interior, un ratito a gusto con uno mismo (eso se va a derivar de ahí aunque muchas veces puede dar lugar a una paz inquieta para que de verdad se produzca), sino fundamentalmente para vivir en la experiencia fundante en el devenir de la jornada, para iluminar desde el amor y su compromiso que es el servicio, el resultado positivo de un amor cierto en todos los momentos del día, llenar el tiempo y el espacio de amor y amistad, hacer presente a Jesús en la compleja trama y tejido social, en el día a día, en la multiplicidad de las interrelaciones, miradas y encuentros.

“Algunos, sin mérito propio, son llevados de pronto a la cumbre, a la meta, para tener luego que hacer paso a paso la ascensión como un hombre cualquiera” E, Mounier

Cuando alegres y contentos, animosos, hemos emprendido la ascensión a montañas y picos altos, ha habido momentos en los que hemos sentido la duda de seguir ascendiendo, el desánimo que produce el cansancio, la pérdida de sentido en la aventura en la que nos habíamos embarcado, y tantas razones sin razón para dimitir del empeño inicial, en cuanto crece la sed y nos falta agua, imaginamos la cervecita fresca del chiringuito en la playa. Él pararnos a contemplar la cima y el atractivo que ejercía en nosotros, el respeto y amor por los compañeros del grupo, la positiva estima por uno mismo de alcanzar lo que nos llamó, nos ha llevado a hacer silencio sobre los deseos más inmediatos para volver a conectar con el deseo subyacente de llegar a la meta y poner los pies en ella y gozar de sus contenidos. Es como si lo último de la ascensión viniera a ti y conectara con lo que tienes de montañero y con lo soñado y acariciado durante mucho tiempo. Algo así es lo que hemos de hacer para vivir conectados con el deseo esencial de Dios que tiene nuestro corazón, y desde esa atracción, con cariño, con comprensión con ternura y misericordia, asumir y ordenar todos los deseos; así se van liberando por la visión de su valor en sí de los lastres y desvíos del error y la mentira, quedan en su verdad tan positiva. Entonces los deseos como piezas de un puzzle se van integrando y colaborando con las demás piezas para mostrar el paisaje total.

“Todo es sagrado para el que sabe descubrir en cada criatura la parcela de ser sometida a la atracción del Cristo, Punto Omega, en vías de consumación” (Teilhard de Chardin), Cfr. Jn 13,1-3 y Col. 1, 15-20. y Ap. 22, 13-14. 17

Nuestros sentimientos, emociones, que se traducen en deseos, son reacciones químicas, son pues criaturas que pueden gravitar bajo la atracción del Cristo,

Nuestro Señor. Lo nuestro, bajo la acción del Espíritu Santo es la actitud contemplativa que se da cuenta y obtiene, por ello, más penetración en la verdad y por lo tanto más libertad que le permite entregarse a liberaciones concretas en el Espíritu de Libertad. La vida liberada, más abundante, es lo que da gloria a Dios y positiviza la interrelación con los demás. **”El hombre concreto es el que se da, y como la generosidad radica en el espíritu y se realiza en la materia, el hombre concreto es a la vez contemplativo y trabajador” (E, Mounier)**

3) ACEPTAR DIRECCIÓN ESPIRITUAL y 4) PERSEVERAR

Los grados tercero y cuarto de humildad consisten en aprender a aceptar la dirección de otros y «soportándolo todo, no cansarse ni desistir».

En los dos primeros grados de humildad aprendemos nuestro lugar en el universo; en los dos segundos grados de humildad nos abrimos a la apreciación del lugar que los demás tienen también en él. Los dos primeros grados de humildad tienen que ver con la consciencia; los dos segundos grados tienen que ver con el acceso a la adultez espiritual mediante la aceptación de la sabiduría, los talentos y el poder de otros.

Los maestros sufíes cuentan lo siguiente: «¿Puedo ser discípulo tuyo?» -preguntó el buscador. «No eres más que un discípulo, porque tienes los ojos cerrados. El día que los abras, verás que no hay nada que aprender de mí» -dijo el venerable. «Entonces ¿para qué sirve un maestro? -preguntó el buscador. «El propósito de un maestro -dijo el venerable- es hacerte comprender la inutilidad de tener un maestro».

El tercer grado de humildad de Benito consiste también en llamarnos a aceptar dirección hasta que podamos funcionar sin ella. Aceptar dirección es parte del crecimiento. La capacidad de abrirnos a la dirección ajena nos da confianza equilibrada en nosotros mismos, capacidad de controlar nuestra persona e inteligencia para guiar a otros.

La dirección nos hace atravesar el bosque la primera vez para que después podamos encontrar el camino por nosotros mismos. Todo el mundo necesita un mentor que le guíe de la oscuridad a la luz, de lo extraño a lo familiar, de lo difícil a lo experimentado. Pero no podemos tener quien nos lleve de la mano por siempre. Finalmente, en algún momento difícil nos encontramos solos. Aislados, privados de consejo, nosotros mismos somos nuestro último recurso. Entonces únicamente los recursos enterrados en nosotros son la medida final de nuestra capacidad de funcionar bien bajo presiones de toda clase: morales, sociales y espirituales. Llegamos al punto de la adultez espiritual. Desarrollamos el poder que cuenta, el poder de controlarnos a nosotros mismos. Pero tenemos que renunciar al poder para conseguirlo.

La adultez es la capacidad de tratar finalmente con la vida por nosotros mismos, de considerar nuestras decisiones y de sopesar sus consecuencias, de funcionar para los demás y para nosotros mismos, de reverenciar los talentos ajenos y propios. Llegar al final de la vida encerrados en nuestras propias y endebles fronteras es haber hecho una sumamente pequeña contribución a un sumamente pequeño mundo. Siempre que alguien no consigue crecer espiritualmente, el mundo entero es un lugar más triste.

El crecimiento depende de lo que se aprenda de los demás. Y aprender de los demás depende de la humildad, de estar dispuesto a someter esa falsa sensación de poder ilimitado a la experiencia, la visión y el penetrante corazón de otro. La adultez espiritual es tan real como el desarrollo biológico o la capacidad física. Pero la inmadurez espiritual con demasiada frecuencia es ignorada y confundida con la práctica o la bondad espirituales. Aún peor, la inmadurez espiritual es pasada por alto en el diagnóstico del fracaso profesional, la perturbación social y el colapso psicológico.

Benito nos previene contra la inmadurez espiritual, porque lleva al ataque de ira y la desesperación. Corroe el yo y rebaja a las mismas personas que tan importantes son en nuestro desarrollo. Produce furia, destrucción y rebajamiento personal; se resiste a la guía, el consejo y la sabiduría ajena. Y algunas veces lo hace violentamente.

El tercer grado de humildad puede salvarnos de nuestro terco yo urgiéndonos a aceptar dirección.

El cuarto grado de humildad puede salvarnos de nuestro mimado yo urgiéndonos a afrontar las dificultades inherentes a esa dirección. Aceptar la dirección de otro nos abre a la sabiduría del mundo que nos rodea y nos libera para seguir aprendiendo en la vida. Pensar que es responsabilidad nuestra tener respuesta para todo es una terrible carga. Y una carga aún peor es creer que tenemos esa respuesta. La gente suele trabajar con la falsa idea de que no saber algo es signo de fracaso. Ello supone que reprimen los talentos de quienes están bajo su férula en su afán de probar su propia competencia y autoridad. Y también se predisponen a fracasar. Quienes piensan que no les queda nada que aprender de nadie y retan a los demás a intentar enseñarles algo, muestran el tamaño de su alma: pequeño. Todo el mundo tiene algo que aprender de alguien, y aprender nunca es fácil.

En el proceso hacia la adultez espiritual caemos en la cuenta de que no tenemos la última palabra, la respuesta final, la visión más clara. Tenemos una palabra entre muchas con la que contribuir al mosaico de la vida, una respuesta entre muchas respuestas, una visión entre múltiples perspectivas. La humildad radica en aprender a escuchar las palabras, orientaciones y visiones de cuantos nos rodean. Ellos son la voz de Dios llamándonos aquí y ahora.

Resistirte tercamente al cuestionamiento de las personas que tienen derecho a plantearnos exigencias y obligación de ayudarnos -cónyuge, jefe, profesor, supervisor, director...-, dudar de su cariño y ridiculizar sus esfuerzos, es una peligrosa incursión en la arrogancia que puede finalizar en la ruptura de la relación o incluso en desastre público. Cuando no respetamos la buena voluntad y la sabiduría ajenas, corremos el riesgo de hacer de todo el mundo objeto de competición, un obstáculo que superar, un enemigo.

Buscamos fuera de nosotros la explicación del fracaso que está en nuestro interior. Sustituimos la adultez espiritual por una perpetua adolescencia espiritual.

El cuarto grado de humildad nos conmina a que persistamos, no renunciemos, sigamos intentándolo, hasta que finalmente aprendamos la lección del momento. Este grado nos dice que desarrollemos una mente de principiante. Sin humildad nos aferramos a nuestra manera obrar como caracoles al acantilado, avanzando a ciegas por la vida. Nos escondemos dentro de nosotros mismos, sin caer ni siquiera en la cuenta del nutriente poder el mar que trata de arrastrarnos a mundos mayores. El cuarto grado de la escala espiritual -dice Benito- es la capacidad de perseverar, porque incluso lo difícil, incluso lo contradictorio, tiene algo que enseñarnos.

Soportar las cosas duras bien es, para Benito, signo de humildad y de madurez cristiana. Pero es una idea difícil de aceptar por el cristiano actual. El objetivo del

siglo XXI es curar todas las enfermedades, rectificar toda ineficiencia, derribar todos los obstáculos, acabar con todo estrés. No esperamos nada, soportamos poco y respetamos menos, reaccionando con furia ante las irritaciones. No toleramos el proceso. Queremos poder, y queremos ejercerlo ya. Pero Benito dice que persistamos. Perseverad. Aguantad. Es bueno para el alma atemperarla.

¿Cuándo cesará la violencia y dejarán de gritarnos los titulares la rapacidad de nuestro mundo? Únicamente cuando aprendamos a aprender los unos de los otros; únicamente cuando comprendamos finalmente que Dios no viene con pompa y alharacas. Dios está en la humanidad de nuestra vida. Se necesita humildad para encontrar a Dios donde no esperamos encontrarlo: en la voz de la sabiduría que habla a través de los demás, incluso cuando esa sabiduría es dificultosa o exigente o poco clara. Únicamente entonces seremos adecuados para guiar a otros; únicamente entonces seremos adultos espiritualmente hablando; únicamente entonces acabará la violencia y reinará el espíritu. Necesitamos el poder de la humildad para salvarnos de la mezquindad de nuestra egoísta vida, de la insignificancia de nuestro pequeño horizonte y de la poquedad de nuestra limitada visión.

Benito sabía hace mil quinientos años lo que podemos necesitar descubrir en una sociedad movida por el poder, que, en definitiva, el poder brutal no puede prevalecer. La ambición es una esclavitud.

ⁱ Joan Chittister: "Doce pasos hacia la libertad interior. Retorno a la humildad". Sal Terrae. Santander. 2005

ⁱⁱ Graciano Martín García: "La palabra de Dios y mi vida personal".. Grupo Compañeros de Jesús. Retiro de Junio de 2008.

ⁱⁱⁱ Joan Chittister: "Doce pasos hacia la libertad interior. Retorno a la humildad". Sal Terrae. Santander. 2005

^{iv} Graciano Martín García. "El deseo esencial". Grupo Compañeros de Jesús. Retiro de Septiembre de 2000.